

porque vivía en permanente contacto con la tierra y los animales, con gente espontánea de un vivir muy próximo todavía con las primeras necesidades del cuerpo y del alma. Viví esos años como si fuesen la emanación de la propia claridad.» Andrade reconoce la búsqueda incesante de este espacio en su poesía, cuando afirma que su paraíso es ese sur mítico, el mismo sur que el de Lorca, Alberti o Cernuda: «en el Alentejo, con un patio de muros blancos y baldosas rojas, una fuente interior exigua y fresca, sobre una taza de piedra. Doy todo mi reino por ese caño de agua cayendo en el silencio de un patio del sur.»

También los tres poetas españoles tienen esa concepción de un sur luminoso, de un ámbito de claridad no sólo físico, sino también moral, un sur diáfano en el que se puede dar la poesía porque está al margen de las sombras, porque surge con fuerza de esa noche esencial creando un universo simbólico autosuficiente, donde las imágenes metafóricas se revelan con fuerza utilizando como referente su propio simbolismo intrínseco. Cernuda, por ejemplo, hace referencia a ese sur mítico en su maravilloso poema «Quisiera estar solo en el sur», construido con símbolos comunes a través de los que el poeta define el sur: el paisaje, el caballo, el cuerpo, la sombra, la rama, el desierto, el mar, la voz, el eco, la oscuridad, la luz.

Son estos elementos recurrentes en las metáforas de los otros poetas mencionados. Lorca los reúne casi todos en el «Romance Noctámbulo» del que es quizá su libro más «sureño», *Romancero gitano*<sup>7</sup>, en el que marca unas pautas que seguirán en mayor o menor medida los otros poetas, creando una mitología propia del sur. En este poema, pues, podemos ver la «verde rama» y «la lija de sus ramas», «el caballo en la montaña», «carne verde» (el cuerpo), «Con la sombra en la cintura» y «el pez de sombra», «abre el camino del alba» (la luz), «el monte (...) eriza sus pitas agrias» (el desierto, lo yermo), «el barco sobre la mar» y «soñando la mar

---

<sup>7</sup> «Romance noctámbulo» de *Romancero Gitano* en García Lorca, Federico, 1996, *Obras completas*, ed. Miguel García-Posadas, Barcelona, Círculo de lectores, vol. I. Todas las referencias a poemas de Lorca son de este libro, por lo que, a partir de aquí, las referencias aparecerán junto a la cita, entre paréntesis (nombre del poema y libro).

amarga», «la noche se puso íntima» (la oscuridad). En otros poemas del mismo libro podemos ver «La nueva luz se corona», «caballo que se desboca», «en las tierras de aceituna» (el paisaje en «La Monja gitana» de *Romancero gitano*).

También Alberti, en sus poemas más andaluces, los de *Marinero en tierra* y *Entre el clavel y la espada*, recurre a estos símbolos propios del imaginario común del sur: «lo esperaba la luz fuera del muro», o «mama la luz y agótala», «Quería ser caballo», «las fuentes eran de vino», «creyó que el mar era cielo / que la noche la mañana», «en la cumbre de una rama», «del naranjo a un limonar, de los limones a un patio», «tunas y pitas gritaron» (el paisaje)<sup>8</sup>. Su símbolo más representativo, no obstante, será el mar luminoso y puro de su Cádiz natal. A él está prácticamente dedicado todo *Marinero en tierra*, que no es otra cosa que un canto a la luz pura de su tierra y a un mar que alcanza tintes de representación de lo absoluto (probablemente tanto por influencia del mar como de Juan Ramón Jiménez a partir de *Diario de un poeta recién casado*).

También el mar será uno de los símbolos más recurrentes en la poesía de Andrade y también con cierto sentido de absoluto, de aquello que lo contiene todo: «el sol es el mar entero / de mi infancia»<sup>9</sup>. Además, también es símbolo de pureza, de luz, del espacio ideal de la palabra. Tiene el mar en Andrade vocación de paraíso, de lugar de concreción de los anhelos del poeta, el único posible, ya que encierra dentro de él todas las formas potenciales de la materia.

La luz es otro de los elementos más importantes de la poesía del autor portugués. Es una luz con una doble dimensión: corpórea e ideal. Es corpórea porque surge del sol, de los paisajes áridos, de los muros encalados, de las playas desiertas; pero es también una luz ideal, pues es cifra de la poesía, de ese espacio poético en el que la palabra se manifiesta en todos sus significados, pro-

<sup>8</sup> Alberti, Rafael, 1969, *Entre el clavel y la espada*, Buenos Aires, Losada.

<sup>9</sup> Andrade, Eugénio de. 2004, «Poema 4» de *Materia Solar* en *Materia solar y otros libros*, Barcelona, Círculo de lectores. Todas las referencias a poemas de Lorca son de este libro, por lo que, a partir de aquí, las referencias aparecerán junto a la cita, entre paréntesis (nombre del poema).

cedente de la noche y del silencio: «Cállate, la luz arde entre los labios» (Poema 25). Es una luz violenta, deslumbrante por lo que tiene de esencial y de reveladora. Una luz que materializa el anhelo de paraíso del poeta: un edén ideal donde las palabras superan al tiempo y se eternizan. También la oscuridad, en un juego de opuestos, es un símbolo recurrente, pero es una oscuridad intrínsecamente relacionada con la luz, una oscuridad que crea ese espacio del que surge la palabra, lugar propicio para las revelaciones, con aspectos de silencio y de noche pessoana: «Uma palavra. / No escuro. / Que me chamava» (Poema 3).

El silencio es también un elemento simbólico importantísimo en la poesía de Andrade. Un silencio que no es sino otra forma de sombra, de oscuridad, espacio previo y necesario al de la luz, al de la revelación. Es un silencio, pues, ontológico, pero que también se hace sensual, perceptible por los sentidos, «o silêncio queima» (Poema 18). Es un silencio en el que el cuerpo puede presentir ya la epifanía de la palabra eternizándose. Un silencio que es heraldo del paraíso que permite al hombre convertirse en un dios en la contemplación de la belleza a través de la poesía. Es el espacio original, del que surge la palabra, el espacio anhelado (ahí muestra claras concomitancias con Valente, probablemente bajo el influjo de Mallarmé) desde el que surge la palabra purificada. Pero este silencio también es una carga, pues las palabras se concentran esperando ser liberadas. «O silêncio queima», dice Andrade refiriéndose a la necesidad de transformar ese silencio en palabras de amor y de deseo.

Como él mismo ha afirmado en muchas ocasiones, el cuerpo es para el poeta portugués un elemento de autoreconocimiento, de afirmación personal, un vehículo para alcanzar la libertad plena. De esta forma, este símbolo de libertad contiene en sí mismo elementos de deseo y de erotismo implícitos que añaden profundidad a la inmensa sensualidad de la poesía de Andrade. Andrade expresa el deseo, el erotismo y la sensualidad sin ningún tipo de tapujos, como algo inherente a esa naturaleza esencial que pretende revelar: «Claro que os desejas, esses corpos, / onde o tempo no enterrou ainda / os cornos fundo» (Poema 5), o «neste incêndio do corpo até ao fim» (Poema 13).

## A modo de ejemplo

Se encuentran también en Andrade otros elementos simbólicos característicos de los tres poetas del grupo del 27 mencionados. Así, analizando un poemario de madurez, *Materia Solar*, se pueden encontrar muchos de estos símbolos, si no exactamente con el mismo significado, sí con similar sentido. Este es el caso, por ejemplo, del caballo, símbolo recurrente en Andrade, que representa, como en Lorca y Alberti, la nobleza cotidiana, dentro de la naturaleza. Así, Andrade, para mostrar una vida que se extingue, utiliza la metáfora «há un cavalo próximo do silêncio» (Poema 2).

La lluvia, como aquello que limpia y purifica, como agua vital que hace germinar la semilla de la tierra, es otro de los recursos más habituales de Andrade. Esta lluvia también se muestra reveladora de significados ocultos al limpiar del polvo y del peso de lo cotidiano, del carácter rutinario y gastado de las palabras. Es una lluvia que restituye a lo que baña a su primera dimensión, como demuestra el verso: «É quando a chuva cai, é quando / loado devagar que brilha o corpo» (Poema 11), en el que el cuerpo recupera su verdadera dimensión, su esplendor original, mojado por la lluvia que lo limpia de impurezas, lo purifica.

La rama constituye un tópico que es un punto de encuentro entre los cuatro poetas, agudos observadores de la naturaleza. Y no podía ser de otra manera, porque, además de ser un ejemplo de lo fractal (aquellas figuras de la naturaleza en que la forma del todo es reproducida por cada una de sus partes), es símbolo de lo vegetal en su vocación más puramente vertical: símbolo de la tierra que quiere alcanzar el cielo, del anhelo de la vida por unir el cielo y la tierra, de conectar ambos a través de un vaso comunicante de fluido vital. La rama, al nutrirse de los dos elementos, sol y tierra, es cifra de lo absoluto telúrico, hermana del mar pero con una cualidad de vida que el mar no tiene. Es la representación de la unión del cielo y la tierra para la vida. De esta manera, la voz poética, la vida, dice «subo por ti de ramo em ramo» (Poema 25). A este símbolo de rama se puede asimilar, por sinécdoque, la figura del árbol, que también representa esta fuerza telúrica fruto de la unión de la tierra y el cielo, como por ejemplo: «Nao dúvides: sou essa árvore, / essa alegria só prometida as aves.» (Poema 28).

Junto a estos elementos simbólicos, Andrade hereda otros menos recurrentes, pero con gran relevancia para su poesía. Uno de estos elementos es la voz, una voz que se erige como el símbolo de la palabra hablada, de esa palabra que no es nuestra, que puede ser revelada también pero no desde el silencio, sino desde lo ajeno, desde lo otro. Puede ser humana, divina, telúrica, pero siempre es una voz que llega del exterior. No es, en definitiva, la propia voz, que se revela a través de los símbolos de la palabra, la luz y el silencio (incluso el cuerpo), sino una voz que nos comunica estos significados, que nos ayuda frente a la soledad devastadora. Así, Andrade escribe «É o que dessejas, que pela porta / esterita passe o ar, a extraviada / e impossível voz do amigo.» (Poema 24).

También el desierto, su soledad, su desolación, constituye un elemento habitual en la poesía de Andrade: «Chove, é o deserto, o lume apagado» (Poema 45). La lluvia apaga el fuego del desierto, su calor insoportable, y lo limpia de impureza para que pueda ser lugar de germinación de la palabra. En este caso, desierto está muy próximo a silencio, a ese lugar único en el que las palabras se extinguen para resucitar más nuevas, más luminosas y puras.

Dentro de este grupo de elementos podemos encontrar también el del eco, que, como la voz, es la revelación que llega de fuera. Una revelación que nunca es nítida y que hay que interpretar: «as outras, fico a ouvi-las / escorrer da pedra» (Poema 29). Andrade escucha el escurrir de esas presencias por la piedra y por ello las reconoce: reconoce su eco e interpreta la presencia. Este símbolo permite mucha ambigüedad y múltiples interpretaciones de los elementos cotidianos de la naturaleza. A través de él, Andrade puede descubrir esencias, representaciones de la belleza que busca en la naturaleza ©

